LIBRO SEGUNDO.

CAPITULO I.

ESPOSICION.

A medida que andamos avanzando por la senda de la verdad, vemos estenderse el horizonte descubriéndonos resultados mas completos y definitivos: los objetos que se nos presentaban fugazmente y como de soslayo se nos ofrecen ahora de frente, bajo un mismo punto de vista formando un conjunto ordenado y consiguiente consigo mismo.

Así en el órden religioso como en el moral y en el físico hay ciertamente un sistema de organizacion y armonía que constituye la unidad relativa de cada uno, del mismo modo que todas estas unidades relativas tienden á la unidad absoluta, á la unidad suprema, que es Dios. El instinto que dentro de nosotros mismos tenemos de esta unidad, para la cual hemos sido formados, es la causa de la manía de los sistemas en todos los hombres: manía peligrosa en cuanto á que no conociendo todas las causas y no procediendo á la indagacion de todas ellas con bastante perseverancia y desinterés, nos forjamos doctrinas facticias y quebradizas que remedan la verdad retardando su descubrimiento; y manía mucho mas peligrosa aun cuando se emplea en la religion sin mas guia que el raciocinio; porque este es mas ciego en esta materia que en todas las demás. Pero cuando humillamos nuestro espíritu á la fé, entonces el sistema es, no solamente posible, sino cierto y necesario, porque la unidad de nuestras relaciones con Dios, como que son el objeto de la verdad revelada, desde luego que ésta ecsiste debe ofrecer á nuestro espíritu los elementos que la constituyen, y los argumentos ya preparados de aquellas mismas cosas que no vemos: *Substantia rerum sperandarum, argumentum non apparentium.*

No seamos pues desconfiados al ver esta forma que toman los objetos bajo el punto de vista de la fé. Y no puede ser de otra manera. Lo que en distinta materia seria artificio é ilusion, aquí no es mas que resultado de la naturaleza misma de la verdad que vamos ecsaminando, la cual si consigo no trajera su sistema, mas bien no ecsistiria. Así es que para aquellos que se hallan convencidos de su ecsistencia, la confianza no reconoce límites, sin que les ocurra objecion ni dificultad alguna. Su único temor es el de la ignorancia ó de la mala fé: salen al encuentro de todos los obstáculos, seguros de que no son mas que fantasmas, y desean la luz y la discusion con el mismo empeño que para evitarla emplean los sistemas humanos.

Hallarémos justificada esta confianza, y con ella la verdad que le sirve de base, con solo considerar el espectáculo que hoy presentan todos los conocimientos humanos en el mas alto grado de su desarrollo.

De cincuenta años á esta parte todas las ciencias, al paso que progresan y se elevan, se encuentran y se unen con sorpresa de todas ellas. Partiendo de puntos enteramente separados, estaban muy lejos de esperar semejante concierto. Y han llegado á él precisamente por la razon de que no esperaban tal resultado; pero que si lo hubieran previsto desde el punto de su partida, la prevencion, el orgullo, el capricho, la preocupacion, habrian estorbado su marcha converjente, y las hubieran estraviado en sistemas opuestos que hubieran concluido por combatir entre sí; mientras que encerrándose cada una de ellas en la observacion inmediata de las verdades que se hallaban á su alcance, sin prevenir sus resultados, dejó á estos mismos resultados su tendencia natural, y sin mas que abandonarse á ella, ha venido á adquirir la principal garantía de la verdad, que es la unidad.

A la verdad cristiana pertenece proclamar esta unidad; porque ella es la que sin intencion nuestra y aun á pesar de las repugnancias mas violentas y de la mas fria indiferencia, ha visto encaminarse á sí como á un centro comun todas la ciencias modernas, cuyas inesperadas conquistas han concurrido sin esfuerzo, como si este hubiera sido su objeto, á la demostracion de la verdad religiosa, hasta el punto de que ésta ha llegado á ser á su vez la garantía y confirmacion de las mismas verdades científicas.

"Cuando considero el número y la diversidad de "hombres que han trabajado, casi sin advertirlo, en "producir este resultado, dice un sabio crítico; cuan"do los veo obrar como hormigas llevando cada uno "su pequeño tributo y salvando cualquier pequeño "obstáculo, cruzándose unos á otros en su carrera "como si se hallasen en una confusion completa, y "oponiéndose recíprocos estorbos; y cuando al mis"mo tiempo descubro que todo es efecto de un plan "de escesiva regularidad, lleno de órden y de be"lleza, paréceme ver allí las señales de un instinto "mas elevado, y de una influencia directora colo"cada sobre los consejos irreflecsivos de los hom"bres, para conducirlos á fines grandes y provecho"sos, y no puedo persuadirme que no ecsista un ojo "vigilante que preside á la direccion de cosas tan "desemejantes hácia un fin tan grandioso como es "la confirmacion de la palabra de Dios (1)."

Este es el gran cuadro cuyos principales rasgos tendrémos ocasion de trazar. Esta materia, que solo es accesoria en nuestro plan, ha sido el objeto principal de varias obras apreciables publicadas en Francia y en Inglaterra, que cada uno podrá consultar á su placer cuando haya saboreado la verdad religiosa. Mi único objeto es hacer una pequeña indicacion y esponer lo estrictamente necesario para el órden y encadenamiento de nuestros Estudios.

(1) Nicolás Wisman, Relacion entre las ciencias y la Religion, t. I, p. 50.

Recojamos el hilo de ellos.

Este estado de ruina moral en que habia caido la humanidad, y que hemos pintado al fin del libro que precede, no era ciertamente el resultado inmediato de la constitucion primitiva del género humano.

Si el hombre se hubiera mantenido en la condicion en que Dios le colocó al crearlo, hubiera presentado en todo su sér el órden y la perfeccion que admiramos en las demas criaturas.

Su naturaleza le llevaba todavía á un mayor desarrollo de grandeza y superioridad, cuya tendencia encontramos en él todavía, aunque rota y desfigurada, en los escombros de su edificio.

Pero esta grandeza, esta superioridad estaban ligadas á un atributo característico de su especie, que no era incompatible con el riesgo de una caida ó de una degradacion.

Este tributo es la libertad.

¡La libertad! Dón el mas sublime que en todo su amor y su munificencia pudo hacer Dios á la criatura, pues por ella la hacia á su semejanza, salva su perfeccion infinita, que no podia transmitirle, dándole sin embargo el privilegio de acercarse mas y mas á ella, y haciéndola por este medio partícipe de una comunion indefiniblemente progresiva con su verdad, su santidad, su felicidad.

El lazo de esta union inefable dependia, por lo que toca al hombre, de su fidelidad en contener su libre albedrío dentro de los límites que Dios le habia señalado, con el intento de ejercitarle en su eleccion, y hacerle artífice de su propio mérito y destino.

Estos límites consistian en la prohibicion que se le impuso en el seno de la abundancia de todos los bienes, vedándole gustar un fruto misterioso, cuyas propiedades físicas y morales correspondian á los atributos de la naturaleza humana, á la cual esta prohibicion servia de prueba.

Una inteligencia superior que anteriormente habia caido en el mal, y cuyo poder se habia dedicado á propagar su desgracia, se insinuó bajo la forma de una serpiente en el ánimo de la compañera del hombre, ó para decirlo así, en la mitad mas flaca de esta criatura, conduciéndola por sus engaños á tentar la triste esperiencia del mal, violando la prohibicion que era el escudo de su felicidad.

El hombre, medio caido ya en su compañera, no supo resistir á la seduccion que ésta le comunicó: violó á su vez el precepto divino, y sacó el mal del bien, abusando de su libertad.

Por este hecho descargó sobre sí mismo y sobre su especie, reducida todavía á su sola persona, un golpe terrible, cuyo rechazo hirió á toda su descendencia, precipitándola mas y mas en el desórden intelectual y sensible, es decir, en el crímen y la desgracia.

El resultado inmediato de este abuso de su libertad, fué la pérdida de esta misma libertad.—Antes de su desobediencia era libre, porque podia, segun su voluntad, pasar al mal ó permanecer voluntariamente en el bien, al paso que despues de su caida no pudo volver por sí mismo al bien, y permaneció involuntariamente en el mal: en una palabra, se hizo esclavo del pecado.

Hé aquí una segunda naturaleza, naturaleza viciada y enferma, naturaleza salvaje, en la cual nacemos todos, considerándola como nuestra naturaleza primitiva é inmediata, porque la causa que á ella nos ha condenado se pierde y confunde á lo lejos en el orígen mismo de las cosas, y porque una de sus principales consecuencias ha sido cabalmente hacernos perder el conocimiento de nosotros mismos y obscurecernos á nuestros propios ojos.

Este obscurecimiento de la humanidad degradada no ha sido tan profundo que haya borrado algunos recuerdos de su caida, y que no encuentre todavía en sí misma las ruinas de su primitiva grandeza.—A estos recuerdos, á estas ruinas se encuentra mezclada la impresion de una mano tutelar que nos las ha conservado, haciendo menos dolorosa la caida del hombre y ofreciéndose á él, aunque de lejos, en el mismo fondo del precipicio, para sacarle de él y ayudarle á subir á la cumbre.

Esta mano es la mano de Dios; pero mano oculta, por decirlo así, en el castigo, como la de un padre que concilia la justicia con la bondad.

Procuremos aquí entrever esta divina economía.

El órden ecsijia que la justicia divina descargase su peso sobre el hombre culpable hasta su entera satisfaccion.—El hombre, incapaz por sí mismo de reparar su desórden y satisfacer la justicia de un Dios, no tenia mas remedio que volver á la nada.—Sin embargo, la misericordia de Dios, que al lado de su justicia y en su justicia misma quiso encontrar un medio de salvacion, inventó el prodigio mas estupendo del amor.

En la descendencia del hombre quedó oculta para aparecer, cuando fuese cumplida la plenitud de los tiempos, una persona divina, la misma virtud de Dios,—una con Dios por la sustancia, una con el hombre por la adopcion;—como hombre, capaz de sufrir y acumular sobre sí mismo la falta del hombre;—como Dios, capaz de satisfacer y agotar toda la justicia de Dios,—cargando sobre su cabeza todo el peso de esta justicia para no dejarnos de ella mas que lo que podia servir para nuestra curacion, y dándonos al propio tiempo el socorro y el conocimiento, el remedio y el método de aplicarlo, dominando y dándonos fuerza para dominar al espíritu proterbo, autor de nuestra desgracia y usurpador de nuestra raza, y limitando nuestro combate con aquel antiguo enemigo á lo estrictamente necesario para ganar el mérito y el triunfo de su derrota.

Este libertador prometido desde el principio de los siglos ha sido creido, esperado, ansiado por todo el género humano, el cual ha llenado todas sus religiones y creencias de símbolos, figuras é imágenes de su venida.

Este es nuestro Salvador Jesucristo.

Él fué quien acudió con ecsactitud á la cita que su amor habia dado á nuestra miseria, y cuando ésta llegó á su colmo, vino á calmar la impaciencia del género humano, regenerando el mundo y abriéndole las puertas del cielo.

Tal es la historia de nuestra especie, y por decirlo así, el drama de nuestro destino. Divídenle tres grandes jornadas:—una caida inmensa, seguida de un prolongado estravío;—una reparacion infinita, seguida de un gran combate;—una rehabilitacion completa, seguida de un triunfo inmortal. ¿Quién abrazará estas tres acciones? ¿Quién sondeará toda su profundidad? ¿Quién lo desenlazará? Esta es la recompensa de la fé. A ella sola es dado llegar á la inteligencia de este divino espectáculo, y ver cómo se aclara sucesivamente el velo espeso que le cubre á los ojos de una razon orgullosa de su propia ignorancia.

Pero nosotros, que deseamos la luz, entrevemos ya la relacion que une la primera revelacion con la segunda. Porque esta impotencia en que se halla el hombre de retener la verdad religiosa, este estravío creciente del espíritu y del corazon humano, en todos los desórdenes que hemos notado en el seno del politeismo, eran la consecuencia y la continuacion de la caida empezada por el primer hombre; y este súbito resplandor de la verdad y de la santidad sobre la tierra, cuando apareció Jesucristo, no ha sido mas que la restitucion de la vida y de la santidad en la humanidad degenerada, y la realizacion de un socorro prometido desde el orígen de la misma caida, con cuya esperanza el hombre se habia consolado y sostenido en su desgracia.

Así el cristianismo es la primera naturaleza, ó la gracia que ha vuelto á remediar los desórdenes de la segunda, es el nuevo enlace, la religion verdadera de las antiguas relaciones entre el hombre y Dios. El nombre RE-LIGION, por sí solo nombre universal, espresa la persuasion de la humanidad entera sobre este punto. Significa en efecto un lazo primitivo que ha sido deshecho y luego re-ligado, RE-LIGATIO; de lo cual se sigue que el *teismo* puro y esclusivo es una contradiccion con nuestra naturaleza corrompida, y que solo pudiera ecsistir en un estado de inocencia. La RE-LIGION verdadera, segun la misma palabra lo indica, debe necesariamente apoyarse sobre la doble verdad de una CAIDA y de una REHABILITACION; debe presentar un rompimiento y luego una reconciliacion entre el hombre y Dios, y por consiguiente un agente mediador que debe llevar á efecto el nuevo nudo entre la humanidad en toda su miseria y la Divinidad en toda su perfeccion.

No nos desanimemos por la parte de misterio que pueda todavía quedar en esta doctrina, porque hallándose Dios comprendido en ella, no debe admirarnos que salga fuera de los límites de nuestro alcance; antes bien es necesario que se oculte á nuestro entendimiento, y sobre todo cuando es un entendimiento ya viciado. Si fuese del todo comprensible, no mereceria nuestra creencia. Así, aunque es susceptible de ilustracion hasta escitar el asombro de nuestra inteligencia (lo cual me reservo para la segunda parte), como siempre quedaria alguna obscuridad, en que el incrédulo podia refugiarse, me abstengo *por ahora* de toda esplicacion. No es este el punto de vista bajo el cual me propongo esponer esta materia: lo presentaré antes bien por otro lado accesible al hombre menos ejercitado en las verdades divinas,—este punto de vista es el de los HECHOS.

Antes que fuese una doctrina la religion era ya un HECHO.

Ahora voy á poner en claro como verdad de hecho el plan de la religion tal como acabo de esponerlo.

ESTO ECSISTE.

¿Cómo puede esto ecsistir? ¿Qué es ese *fruto*, *esa serpiente*, *esa caida*, *esa transmision*, etc. etc.? Dejo al incrédulo el discurrir sobre este punto.—Sea así: le concederé todo cuanto quiera en este momento.... pero al cabo yo le conduciré por fuerza al HECHO que ni él ni yo podemos hacer que desaparezca; hecho que está allí, siempre allí, respondiendo de su posibilidad por su propia ecsistencia, y de la fuerza de su ecsistencia por la locura misma, ya que así se quiere, de sus caracteres aparentes, á pesar de los cuales se halla universalmente admitido y perpetuamente conservado.—Es una lima que embota el diente de la incredulidad y que podemos dejarle para que lo muerda á sus anchuras.—Por este lado la religion es realmente invulnerable, y descansa sobre una de las bases fundamentales de las ciencias, á saber, que cuando un fenómeno está suficientemente atestiguado por el hecho, la dificultad de su esplicacion no debe detenernos un momento. Todo el saber humano está lleno de hechos no esplicados, inesplicables, que seria necedad rechazar. Pues bien: de esta manera, y con mas justa razon intento proceder en el órden religioso, y digo:—el plan de la religion está de tal manera establecido de HECHO, que al chocar con él todo se hace pedazos: este plan esplica mas misterios que los que en sí mismo contiene; y el negarlo encierra muchas mas incomprensibilidades que el admitirlo.

Esto supuesto, distribuiré así mis pruebas, pruebas cortadas, por decirlo así, á la medida del asunto y con relacion á su importancia:

I. La autoridad de Moisés como historiador;
II. El estado de la naturaleza humana;
III. Las tradiciones universales;
IV. La venida y el reino de Jesucristo;
V. El concierto y el lazo de todo lo que precede.

CAPÍTULO II.

MOISÉS.

ESTA primera prueba es por sí misma demasiado estensa para abrazarla de una sola ojeada; es preciso pues considerarla bajo tres aspectos.

§. I.

Su antigüedad.—Su carácter y el de sus escritos.—El pueblo hebreo.

Hubo un tiempo en que este mundo visible no ecsistia, y en que todos los séres que en él conocemos no estaban mas que en lo posible. Una vez levantado el teatro de la creacion, la especie humana que figura en él hoy dia fué introducida despues de todas en una época no muy lejana. Al principio estuvo reducida á una tribu, á una familia, á una sola pareja, á un solo hombre, del cual hemos salido todos, y en el cual por consiguiente estaba compendiado nuestro destino.—Todos estos hechos y otros muchos han salido del recinto de la fé religiosa para entrar en el de las ciencias modernas, que los demuestran como escritos en todas las obras de la creacion. En el dia aun puede alguno jactarse de incrédulo sobre muchos puntos; pero no sobre éstos, porque éstos han venido á ser descubrimientos de la razon en competencia de la fé, la cual ha recojido sus velas ante la antorcha de las ciencias, ó mas bien ha recibido el homenaje de su asentimiento, y no ha hecho mas que confiar á sus manos el depósito de la verdad que habia guardado desde el orígen del mundo.

¡Qué precioso tesoro seria para el espíritu humano la historia de esta creacion del mundo, de este orígen de la humanidad! ¡Qué estudio tan fecundo el de los primeros elementos de nuestra naturaleza, el de los principios constitutivos de nuestra especie que han podido influir en nuestro temperamento moral, y que pudieran descifrar el grande enigma de nuestra naturaleza y el término de nuestro destino! Seguramente, si la razon de nuestra ecsistencia y el fin para que somos criados han de encontrarse escritos en alguna parte, debemos hallarlos precisamente en el hecho de nuestra creacion y en los que inmediatamente la siguieron: todo lo demás ha sido solo una consecuencia, y para salir del laberinto seria preciso volver á la puerta por donde hemos entrado en él.

Pero, ¿dónde se halla esta historia? ¿Quién pudo escribirla? ¿Quién nos la ha conservado? En el copioso depósito de historiadores que han hecho revivir los sucesos pasados podemos con alguna facilidad seguir el curso de los años y de los siglos por el espacio de mil quinientos años todo lo mas: así somos casi testigos de la formacion de los estados modernos, y de las transformaciones que han esperimentado: vemos caer y desmembrarse el vasto imperio romano, cuya decadencia y vejez hemos contemplado: hémosle visto combatir y apoderarse del mundo, hémosle visto nacer en fin, y con el ojo escudriñador de Bossuet, podemos seguir los gérmenes de su grandeza y de su corrupcion. En el mismo tiempo, ó poco antes, la Grecia con todas sus maravillas resplandece en la historia y se agita en la escena del mundo: subimos al Egipto, cuyo nebuloso poderío empieza á perderse en la noche de los tiempos: luego los persas, los medos, los asirios se presentan en lontananza en este gran cuadro; y de todos los historiadores que han trazado sus diferentes partes, los mas antiguos son Herodoto y el grande Homero. Detrás de ellos á nada mas puede alcanzar nuestra vista.

Hasta allí sin embargo hemos visto la historia de los individuos y de las naciones: pero no la historia del género humano: hemos cojido las ramas, pero no el tronco. ¿De qué procede que no podemos seguir nuestro camino hasta llegar á la sociedad primitiva, de la cual han salido las demás? Procede indudablemente de que colocados en aquel punto nos acercamos á ella. Las tinieblas que la cubren indican que no está infinitamente distante. Si el mundo en efecto fuese indefinidamente mas antiguo, la ley del progreso le habria conducido á dejarse conocer mas pronto por medio de los frutos de su civilizacion; y del mismo modo que Homero y todos los historiadores que le han seguido cedieron á la natural necesidad de dejar á la posteridad monumentos de su tránsito sobre la tierra, asimismo las generaciones anteriores nos hubieran iniciado tambien en el hecho de su ecsistencia, si la reducida estension de la misma no les hubiera dispensado de esta necesidad y privado de los medios de satisfacerla.—Sin duda las costumbres pintadas por Homero, y sobre todo el mismo Homero, suponen ya un gran progreso (1); pero concediendo todo el tiempo necesario para él resulta siempre que aquellas costumbres y aquellas obras son los primeros frutos históricos, y que por lo mismo no estaba muy lejano el tronco que los produjo.—Hasta allí el mundo habia vivido de tradiciones morales ó simbólicas, y la sencillez de las primeras sociedades no le habia dado á conocer la necesidad de conservar por otros medios los recuerdos de una antigüedad que no ecsistia. La memoria del hombre podia aun retenerlos sin grande esfuerzo: su procsimidad, y aun tal vez su grandeza, no permitia que fuesen olvidados. Esta opinion queda confirmada por un hecho universal, á saber, las tradiciones que se encuentran todavía en el fondo de la historia de todos los pueblos, y que se conservan todas al través de sus metamórfosis para componer una tradicion uniforme sobre ciertos hechos primitivos que demuestran una comunidad de orígen.

Pero al cabo, estas tradiciones universales, estos recuerdos fósiles, no han encontrado todavía su *Cuvier*, y no tienen en sí mismos una ley orgánica bastante ecsacta para prestarse á una cabal recomposicion de la historia de los tiempos primitivos, quedando reducidos por consiguiente á comprobar la verdad de esta historia en el caso de encontrarse escrita.

Pero ha llegado ya el tiempo de decirlo: esta historia ecsiste, y los títulos de la familia humana se hallan en nuestro poder.—Mas allá de las historias mas antiguas, mas allá de Herodoto y de Homero, mas allá de los anales egipcios, fenicios y asirios, mas allá en fin de los tiempos fabulosos, en medio de la noche y del silencio que cubren las primeras generaciones, allí como un gran faro suspendido so-

(1) Es preciso sin embargo conceder á Homero el dón del genio, dón inmenso, sobre todo en una obra de pura imaginacion